

# PETER HANDKE

## EL LUGAR DE LA NARRACIÓN (apuntes, 1982-1987)

Traducción y nota de Fruela Fernández

Dentro de la obra de Peter Handke, la atención crítica ha privilegiado, según la época, uno u otro de los varios géneros que la componen: el teatro experimental y los monólogos crítico-poéticos de sus inicios; las novelas, primero «existenciales» y más tarde «espirituales»; o las indagaciones narrativas, como los *Ensayos*. Menos se ha atendido, sin embargo, a uno de sus géneros más ricos: los cuadernos de trabajo, que ocuparán tres extensos volúmenes (casi 2400 páginas) de la «Biblioteca Handke», anunciada por Suhrkamp para 2019. Reticentes por igual a la tentación del diario y del aforismo, los cuadernos de Handke funcionan como espacio para la reflexión (creativa, personal) y la iluminación, pero también para la generación de escenas y materiales. La selección que traduzco proviene de *Am Felsfenster morgens (und andere Ortszeiten 1982-1987)*, publicado en 1998 (Residenz Verlag), reeditado en su versión íntegra en 2000 (dtv) y aún inédito en castellano; Philip Kobal, mencionado en alguno de los pasajes, es el personaje central de la novela *Die Wiederholung* (1986) —*La repetición*, traducida por Eustaquio Barjau en 1991—, para la que Handke «buscaba» escenarios y caracteres en la época de estos diarios.

Cuando quiero registrar o investigar las cosas de manera novelesca, salgo mal de mí. Paradoja: «no observar, no fijar, no mirar con exactitud» como regla básica, *ex negativo*, para mis apuntes. Solo puedo —sí, puedo— «mirar con calma a mi alrededor».

\*

Otro niño saltó hacia el adulto para besarlo, pero no lo alcanzó; así que el adulto le besó la mano.

\*

La expresión eslovena para «relampagueo»: «las vírgenes del rayo juegan» («igrajo drnice»).

\*

Traducir no es una tarea «tranquilizadora», sino «pacífica». ¿Pacífica? Sí, porque en ella se trata de tomar decisiones. Y «tranquilizadora» significaría en este caso: la tarea solo es válida para mí. Pero «pacífica» significa: también es válida hacia fuera.

\*

«Los impacientes —según Teócrito— envejecen en un día».

\*

—No puedo quejarme.  
—¡Problema tuyo!

\*

Anoche decía una mujer:  
—¡Veo el lucero de la tarde!  
Y el hombre a su lado dijo:  
—¡Muchos!

\*

El lugar da la narración, no al revés («La repetición»).

\*

¿Cuál es el verbo para el niño? El niño «entiende».  
 El verbo para la presencia: «se abomba».  
 El verbo para el alma: «se detiene».  
 El verbo para mí: «estoy aquí» (estoy aquí y escucho).  
 El verbo para la suciedad: «pertenece».

\*

Algo malo: cuando no echa en falta a nadie.

\*

\*

La panza húmeda de rocío del gato por la mañana.

La repetición: todo en casa del abuelo era *evidente*: la despensa, los muebles, los colores, el frío, el calor, la oscuridad.

\*

\*

Las costas pertenecen al pueblo (deberían...). ¿Y cómo es en realidad?

Creo saber ahora por qué la escritura épica, la que relaciona, es tan fatigosa, tan agotadora: porque exige a la vez un camino de vuelta, de vuelta *hasta muy atrás*, y un camino que avanza, que avanza, de continuo.

\*

Tú dices «embellecer», y yo digo «corregir».

\*

\*

«El agua está demasiado fría para mí. No hay el agua que necesito» (un no nadador en un lago de Salzkammergut).

A. me contó cuánto le agrada oír a las golondrinas como señal del verano. Y que anteayer oyó una única golondrina entre el gentío de la calle comercial, que se volvía soportable por el sonido de la golondrina. «Casi», dijo.

\*

\*

La mano que viene de las nubes en los mosaicos bizantinos, la mano divina, solo puede venir de mi propio pecho (16 de sept. 1983, Rávena, San Vitale).

Los cipreses son tan oscuros que los gorriones, al subir volando entre los árboles, brillan claros como mariposas (9 de junio, Mossa, Friuli).

\*

\*

El ángel de la Anunciación con el lirio: como si él mismo, y no solo la Virgen María, recibiera la noticia; tanto acompaña su rostro (Ferrara, 17 de sept., Jacopo della Quercia, 1408).

El patrón de la calma tendría que ser un santo del agua (pensé ahora mismo, sumergido por primera vez este año en un río, mientras las orillas de guijarros murmuraban de una forma nueva, para mí).

\*

\*

Un día, Philip Kobal oyó una descripción de sí mismo en la que, de tan halagadora como era, no pudo reconocerse en absoluto. Pero entonces decidió seguir esa descripción.

Ser odiado: como si todo el mundo, de continuo, solo lo viera a uno desde atrás.

\*

\*

Esos trabajos corporales que dividen el arriba y el abajo; o que incluso empeoran la división.

Qué naturales son, en la narración, en la repetición, las indicaciones o los propios nombres de los lugares; en

cambio, qué volubles y artificiales las fechas, los datos del tiempo histórico y medido («en el año 1984»), al igual que los nombres de persona (risibles los nombres tan «originales» de Thomas Mann), salvo que se trate de tiempos como «hacia el anochecer» o de nombres como Odiseo o Don Quijote.

\*

Como si los empleados, volviendo a casa del trabajo, con su bamboleo, sosegados, claro su destino, arrastrando los pies, balanceando los brazos, hacia atrás los hombros, fueran los dueños secretos de la isla.

\*

El arte de voz, no solo un cierto arte del habla, de un italiano envejecido: una voz tan suave, lenta, generosa como la de un vidente. Es —allí, en la recepción del hotel de Monfalcone— como si uno oyera, aunque solo trate cosas cotidianas, una hermosa y extensa narración recitada por un médium.

\*

Algunas canciones de éxito son altos cantares; justo algunas («Moonlight Shadow, Gemonia, Friuli, 27 de agosto).

\*

En una buena canción de éxito siempre está ocurriendo algo; y es apremiante («passano ancora... treni per Tozeur»).

\*

A lo largo del día, el tiempo es unas veces monte y otras valle: en este caso es el *valle* lo hermoso; el tiempo como valle.

\*

En Philip Kobal siempre había una alegría, que sin embargo no solo no era duradera, sino que ni siquiera se cumplía. Ni tomaba forma, ni la creaba. Eran momentos de felicidad por simples hechos, sin su modo o manera

específicos; por ejemplo, que tenía una madre, aunque no la suya propia, pero una madre al fin y al cabo. Y en esos momentos de felicidad se convertía en «mi madre».

\*

Ante algunos de los llamados inmortales habría que decir: «por desgracia, inmortales»; por ejemplo, con tanta música del siglo XIX. Y aun así me imagino el griterío del público de entonces ante las primeras notas: «¡Sí! ¡Eso es!». La inmortalidad se aseguró de inmediato. Y ese griterío sigue siendo para los hacedores un sueño, un anhelo, un impulso; en todo caso, para mí. Pero alcanzar eso con el *lenguaje* no es ciertamente posible; también por suerte.

\*

Dijo una vez la madre de Philip Kobal: «Estoy perdida para la alegría».

\*

Al sentir que «tengo tiempo», de inmediato las cosas toman forma.

\*

Lo que mejor veo son árboles (16 febrero). «Get out of town», canta ahora Neil Young, y eso voy a hacer ahora; «árboles, ¡escritura de mi vida!».

\*

Para despedirse de su paisaje, Philip Kobal posó en su mejilla la mano de su padre.

\*

«Toda la gente se echó a llorar»: si eso fuese siquiera posible en Austria.

\*

Indicación temporal: «El día de la alegría por aprender».

\*

De nuevo, de nuevo: pensé en la «primera mariposa limonera», y pronto estaba meciéndose entre las soleadas rocas. Y un poco después vino en pareja, su amarillo deslumbraba al revolotear junto al tejo negro oscuro. Una se alejó luego sobre mi cabeza, un corazón, mi corazón (25 de marzo de 1985).

\*

Umbral del año: la hierba está tan alta que los gatos ya pueden enredarse otra vez en sus viajes (20 de abril).

\*

El cielo tras los árboles que reverdecen tiene el azul de una camisa de trabajo.

\*

Philip Kobal había olido una vez el sudor mortal de su madre; en su memoria se convirtió en un aroma.

\*

El libro prolonga el sol en lo más profundo del corazón.

\*

A Th. B., pensé hoy, hace tiempo que le falta dolor en lo que escribe. Por eso no son nada sus peroratas.

\*

Siento pureza en mí al recordar sobre todo los tiempos de caminar en soledad, de lectura atenta, de traducción, de velar junto a un enfermo o a un niño (16 de julio de 1986).

\*

Solo puedo ser irónico al responder; pero no puedo ser irónico desde un principio.

\*

Ayer, en la cantina junto al canal, el antiguo electricista melancólico de cuarenta años. La cabeza que temblaba, el pelo peinado a raya que temblaba. Los ojos tras los sucesos cristales de las gafas, tan grandes que parecían estar pintados, sin parpadeo alguno. (Sin embargo, siempre sucedía otra especie de parpadeo, a través del cuarto, donde el sol brillaba oblicuo: las sombras de los ciclistas que pasaban con prisa afuera, sobre el dique del canal). El melancólico se levantó, temblando todo su cuerpo, lleno de medicamentos, y se quedó mirándome, en súplica, como si esperase ayuda; fingió (dijo) que nunca había pensado en el suicidio ni en la muerte; se dejó hacer preguntas con la paciencia de un enfermo y dio respuestas lacónicas («sí») a casi todas mis preguntas (imaginé a un tercero invisible que juzgaba al mismo tiempo mis preguntas). Pero al no poder ayudarlo con acierto —salvo a la hora de pedir cervezas, que era incapaz de hacer solo— se alejó de mí y salió. Todo ese tiempo había aguardado, con esperanza, que yo hiciese o dijese algo que lo aliviara. Sobre el dique, las matas del verano, temblorosas y soleadas. A lo lejos se retorció frenéticamente el follaje en el profundo rayo de sol. Y algo así fue el diálogo con el melancólico:

—¿Y sueña usted pese a la medicación?

—Sí.

—¿Pesadillas?

—Podría decirse que sí.

—¿No es triste que este año tampoco haya habido agua en el canal en todo octubre?

—Sí.

—¿Verdad que el agua tranquiliza?

—Sí.

\*

«A partir de aquí discúlpeme la escritura; vuelve a haber tormenta» (Hofmannsthal, sensible a las tormentas, en carta a C.J. Burckhardt, 1926).

\*

«La prosa exige a toda la persona», dijo ayer un poeta, justamente no vanidoso, que teme a la prosa (Jesenice, Yugoslavia, 19 de noviembre de 1987; y por primera vez de camino por tiempo indeterminado). ■ ■